

por razones extrínsecas, pero eficaces, y cuya fuerza no convendría que negásemos. La historia pesa sobre la literatura y sobre el arte, con grave peso; no es indiferente para un poeta nacer en tal siglo ó tal nación, y en España las heridas y enfermedades de la patria les han dolido á las letras siempre. Pero habiendo tanto que decir acerca del asunto, tengo para mí que será preferible callarse ahora.

Ello es que Castilla deplora la temprana muerte de un cantor que se dió á conocer no ha mucho, que estaba en la plenitud de la inspiración y de la vida. Este poeta, nacido en Frades de la Sierra, provincia de Salamanca, se llamaba José María Gabriel y Galán. Sin que este nombre atruene el oído con la enfática sonoridad de los grandes apellidos castellanos, me parece eufónico y de buen sonar, de neto sabor; la casualidad suele elegir muy acertadamente los nombres de los poetas y escritores, y establecer misteriosas afinidades entre ellos y la índole de la obra realizada. ¿Verdad que suena clásica y elegantemente el de *Meléndez Valdés*? ¿No insinúa mucho el de *Campoamor*? Sucinta es la biografía de Gabriel y Galán. Estudió, escribió versos, se casó, tuvo hijos, labró la tierra... Y todo esto, unido á vivo sentimiento religioso y social, fué lo que cantó su lira, lo que movió su pluma. Un sentir normal, natural, sencillo, una expresión clara, robusta, á veces incorrecta, á veces levantadísima, siempre sincera, eficaz... He aquí, en pocas palabras, al poeta y al hombre.

Sus cantos se celebraron pronto. Dicen, y no es esto lo menos interesante y simpático de lo que con el poeta se relaciona, que en la tierra donde nació y vivió dedicado á la agricultura, los campesinos, los pastores, los cabreros, los gañanes, saben de memoria y repiten versos de Gabriel y Galán, como saben y repiten trozos del Romancero. Por la triste ocasión de su impensada muerte, estas simpatías regionales se han exteriorizado y concretado, y en las páginas de las necrologías he leído que Castilla encontró su poeta en el autor del *Ama* y del *Cristu benditu*.

Esto no es enteramente exacto. Castilla es, desde siglos, un vivero de poetas. La poesía española, que fué lusitana y galiciana en el período de los trovadores, es en los siglos de oro castellana y andaluza; y Salamanca forma un nidal de escuelas poéticas y un criadero de rimadores. Los que no nacen allí, por lo menos allí se inspiran y se forman. El teatro y la poesía bucólica, allí nacen con Juan de la Encina. El misticismo platónico y su más alto representante yacen á la sombra de los árboles de un huerto próximo á Salamanca. Basta Fray Luis de León para hacer de Salamanca uno de los más devotos santuarios de las letras en tierra española. Y el renacimiento de nuestra poesía, después del sombrío reinado de Carlos II, también se localiza en el valle del Zurguén, y tiene por ninfas á sus pastoras, siquiera se realizase con aquella Arcadia lo que murmuran los poetas satíricos: que las pulidas zagalas no eran sino zafias labradoras, y los flébiles pastores groseros villanos. Esto, en realidad, ni quita ni pone á la sinceridad de la escuela, como no quitaba ni ponía á la del *Ingenioso Hidalgo* el que Dulcinea, en vez de enfiar perlas, achase trigo, y que este trigo, en vez de ser candel, fuese rubión. La fantasía humana tiene el hermoso privilegio de corregir á la realidad y de transformar prestigiosamente hombres y cosas.

En Salamanca, pues, en el ambiente de cultura que perseveraba allí, aun decaída la magna Universidad, se desarrollaron los apacibles episodios de la vida literaria dieciochena, que tienen el tranquilo encanto del agua corriente, cuando no revuelve légamo ni alza espuma. Los literatos de chupa y cascaca eran gentes aficionadas á unas tertulias en celdas de conventos ó en caserones mudos y solitarios, acaso en trastiendas de librerías, acaso en claustros y colegios; se reunían, se leían lo que habían escrito, se dedicaban al comercio epistolar, practicaban esa dulce comunión intelectual que hoy no asoma, porque la espanta la ferocidad de las luchas y la sorda roezón de las concupiscencias literarias. Y á fe que en esto no conocen sus intereses los escritores actuales. El asociarse no siempre es disminuirse; no siempre la colectividad resta valor al individuo. Para volar solo, grandes alas se necesitan. La segunda escuela salmantina marchó unida, compenetrada, hasta el fatal momento en que se les ocurrió dejar el pelli-co de pastores, el blando caramillo y la rústica avena por la trompa épica y el furor pindárico, porque les afearon sus quejas de amor y sus madrigales. De esta segunda escuela, formada por poetas de segundo orden, bien puede asegurarse que no yace en completo olvido, á pesar de las justas severidades de la crítica, merced á la cohesión; separados no representarían

nada; unidos encarnan un momento decisivo de la literatura nacional. Aquellos árcades, que aun cuando no hubiesen nacido en Salamanca figuran en la escuela salmantina—Meléndez Valdés, fray Diego González, D. José Iglesias de la Casa, Quintana, Cadalso, Gallego, Cienfuegos (habría que consagrar párrafo aparte á Quintana, que tiene su altura propia),—no dijeron nada nuevo, aunque lo dijeron en escogida forma y afiligranado estilo; y si perdura su recuerdo, y si constituyen parte integrante de nuestra evolución lírica (que sin ellos no se comprendería, siendo preciso abrir ancho foso desde Garcilaso y fray Luis hasta el momento presente), lo deben á ese instinto de disciplina y solidaridad que, sin darse ellos mismos cuenta, los hermanó y los afilió bajo una enseña y una ley, y les impuso los motes rococó de Jovino, Batilo, Delio, y les dictó las mismas querellas dirigidas á las Filis, Mirtas y Belisas que bañan sus blancos pies, imaginariamente, en el Tormes.

La impresión que produce la poesía de Gabriel y Galán es opuesta á la que causan estos bucólicos y pastoriles rimadores, que me figuro semejantes á Buffon, el cual, como es sabido, para escribir sus magníficas descripciones de fieras y alimañas, tenía que ponerse los vuelillos de fino encaje, y ver salir de ellos la pulcra mano limpia, de bien tajadas uñas. Gabriel y Galán, cuando escribe, acaso conserva en la diestra, atezada por el sol y la intemperie, tierra de la que remueve el arado y rústicas florecillas. No sé expresar de otra manera esa fuerte y sana impresión de realidad que se alza de su poesía.

En nuestro tiempo la vida se ha complicado; por consecuencia ineludible se ha complicado el espíritu. Hay fiebre en el aire que se respira; hay inquietud dolorosa en el devaneo de los afanes y las aspiraciones. Esto tiene su reflejo—¿cómo podría ser de otra manera?—en la poesía. Y así como es provechoso y reposante para el alma y el cuerpo el recogimiento á la existencia tranquila y normal de la aldea después de una temporada urbana agitada y desgastadora, la poesía de Galán, en su sencillez, en la reducida escala de sus temas, en la clara y concreta expresión de sus ideales, es un descanso y un tónico. Su mérito es acaso la sanidad que comunica. No hay nada en ella que nos indisponga, ni con lo que nos rodea, ni con nosotros mismos. En este sentido, puede asegurarse que Gabriel y Galán es poeta social, de concordia, paz y reconstitución por la aceptación del deber y la consagración al trabajo.

Yo oigo repetir sin tregua que la poesía y el arte deben ser sociales en la hora crítica que marca el reloj. No me adhiero á este dictamen, porque creo, y creeré hasta mi última hora, que la poesía y el arte deben ser lo que el individuo siente hondamente y es capaz de expresar bien, y que someter á la obligación de utilidad pública al artista, es humillante y minorativo. Pero también me da en qué cavilar que el arte pueda ser social de dos modos: uno, el de Quintana, enemigo de lo existente, que no cesa de empujar hacia adelante, de predicar nuevos ideales (que el tiempo ha hecho viejos); y otro, el de Gabriel y Galán, aceptador de lo que encuentra constituido, consejero de estabilidad, persuadido de que el propio esfuerzo, el trabajo resignado y constante, la formación del hogar, la procreación, el amor de padre, las ternuras íntimas, la modestia cristiana y la simpatía caritativa por los desheredados, son fundamento de la redención. Sin duda Gabriel y Galán es poeta social; pero lo es por un estilo contrario al de Quintana. Acaso las circunstancias sociales toman en esto parte activa. Quintana vino cuando las esperanzas tumultuosas de una época innovadora sonreían á la generación que se alzaba entre el estruendo de las armas y el hervidero de las revoluciones; y Gabriel y Galán llega cuando las generaciones, desalentadas ó escépticas, son como el hijo pródigo que quiere volver á sus lares, reconstruir la tradición, escuchar las tonadas que arrullaron su cuna, y serenamente cultivar su jardín, no sólo el jardín de tierra, el jardín del corazón, las creencias y sentimientos sobre los cuales en mal hora habían crecido zarzas y ortigas, pero que allí esperaban el riego nuevo y los antiguos rocíos.

Gabriel y Galán, rápidamente ungido, estaba en el cenit de su carrera. Yo nunca sé tampoco si debemos quejarnos de que un poeta no llegue á la ancianidad. A pesar del ejemplo de Anacreonte, para los poetas viene como anillo al dedo aquella tesis de la relación entre el amor de los dioses á un mortal y su pronta desaparición de este mundo. Gabriel y Galán podría producir más, pero en lo que produjo está la esencia de su sentir. Y es el elogio más alto que puede tributársele.

EMILIA PARDO BAZÁN.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estamos en un momento de entusiasmo, y se suceden los homenajes y obsequios á los que dejan huella de su paso por las regiones del arte y de la poesía. Después de Echegaray, Gabriel y Galán. Como de este poeta me toca hacer el estudio y el elogio, yendo á Salamanca para tomar parte en la conmemoración que se le prepara allí, y que ha sido precedida de otras muy brillantes en Valladolid, Cáceres y Orense, hoy encarnará para mí este poeta *La vida contemporánea*, y hablaremos de él, no sin entremezclar algunas consideraciones inspiradas por este fenómeno de la efervescencia admirativa en el terreno de las letras, que suele coincidir con el de la estancación política.

Hállanse actualmente, más aún que de costumbre, aplanadas las escasas energías políticas que aquí se han ejercitado en luchas infructuosas. Los partidos, desorganizados, no dan señales de que caminen á reconstituirse, al empuje de las necesidades de la vida pública; no hay rumbo ni norte para ellos, toda vez que ni les guían los principios, ni les imponen férrea disciplina y cohesión las personas, alzándose con prestigios indiscutidos y jefaturas reconocidas por unanimidad. La única aspiración, si atendemos á síntomas claros, es la tan española á ir viviendo, tirando, á salir del día, evitando rozamientos ásperos y conflictos que no podría el maltrecho organismo resistir. En esta situación, cuanto distraiga el espíritu y lleve el pensamiento nacional hacia otra parte, ha de ser bien acogido en las esferas oficiales, y en ellas encontrará amparo; á su vez, la masa, desorientada, cansada de interrogar á esa esfinge de cartón que se llama política, anhela respirar un poco descansando de mezquinas ansiedades y engañosos llamamientos de banderines, y experimenta como una sedación, al refugiarse en la isla encantada de la literatura y la poesía, donde voces suaves la arrullan y espejismos y perspectivas noblemente seductoras le inducen á olvidar lo que tiene el porvenir de velado, cerrado y sombrío.

Hay un hecho que salta á los ojos, y es: que, entre las muchas cosas aquí plenamente fracasadas, no se cuenta la literatura. No quiero, ni es del caso, esbozar paralelos entre las literaturas extranjeras y la nacional; no he de ensartar nombres, ni recontar y equiparar famas; pero valiéndome de un resobado modismo, diré que está en la conciencia de todos que si en guerra, marina, ciencia, administración, industria, pedagogía, andamos muy distantes del núcleo civilizado de Europa, en letras no sería fácil convencernos de absoluta inferioridad, y la relativa sería discutible, mediante examen de personas y circunstancias, hoy que en todas partes se observa la disminución de grandes personalidades, que los individuos geniales parecen agotarse dondequiera.

Nadie extrañará que esta comprobación no nos sirva de consuelo, y nos dilate el alma encogida y engurrinada por tantas desventuras. Lo que puede objetarse á nuestra producción literaria, no lo ignoro; reconozco que la de otros pueblos, por ejemplo Rusia, influye de otro modo en la marcha de las ideas europeas, no tanto por la cantidad de talento ó genio que se quiera otorgar á los literatos extranjeros influyentes, con relación á los de España, sino